

—¡Mira mamá, un mago!

—¡Charquito, deja en paz a ese señor!

—Charquito... tú te crees. De todos los nombres del mundo van y me llaman Charquito. Seguro que tú tienes un nombre mucho mejor, ¿verdad?

En medio del bullicio del siempre atestado y colorido mercado de Puerto Guerra, el mago de Agua interrumpió su paseo atónito ante el desparpajo de la cría. No debía tener más de cinco años, pero se desenvolvía como si tuviera el triple. Sonrió con sinceridad y se agachó lentamente para ponerse a la altura de la pequeña, una forma de respeto poco común en los orgullosos y altivos miembros del Colegio de Magia.

—No lo creas. Prefiero usar mi rango, General, pero mis hombres suelen añadir el mote de “Rodillas”.

—¿General Rodillas? Caaaaray... ¡y yo pensaba que mi nombre era tonto! ¿Por qué se lo consientes? Debes ser muy poderoso. ¡Seguro que les puedes a todos juntos!

La niña, como todos a su edad, asociaba el tamaño con el poder. El mago, aún en cuclillas, seguía siendo un hombre imponente de dos metros de alto, complexión fuerte, ancha cabeza, barba poblada y una barriga dura, pero nada despreciable.

—Ser poderoso, como ser muy fuerte o muy inteligente, es una responsabilidad, no un derecho. Si la diosa Agua desencadenara todo el suyo sobre nosotros, nos destruiría tan fácilmente como una ola un castillo de arena —le explicó sonriendo cálidamente.

—Mira que sois sabios los magos. Veo a muchos por aquí, pero tú eres el primero en tratarme bien. Yo quiero ser maga, ¿sabes? Y además de Agua.

—Eliges bien. Es el mejor elemento de todos, el más adaptable. Puede ser duro como el hierro o suave como el viento.

—Eso está muy bien, pero ¿qué vas a decir tú siendo mago de Agua? Yo lo hago porque la diosa Agua es la más guapa. Tiene un pelo precioooooo y es esbelta, como mi mamá. ¿Sabes lo que significa esbelto, no? Lo digo más que nada por tu barrigón.

Nuestro mago encajó mal la frase, al menos en un principio. La insolencia de ese retaco de apenas un metro de altura era demasiado incluso para un bonachón como él. La diferencia de clase, posición social y rango militar, le permitía incluso castigar a sus padres por no haber educado bien a su hija. Nada de eso duró más de un segundo en su mente. Simplemente hizo honor al elemento del que era hechicero y dejó fluir su naturaleza humana soltando una carcajada. Fue tan estentórea que todo el mercadillo del muelle se giró en su dirección.

La madre había salido corriendo en pos de su retoño justo al escuchar su última frase. Había oído toda la conversación, pero no había querido dejar a medias el regateo en el puesto de verduras. Estaba a apenas dos metros de la charlas y la idea de conseguir algo de comer para su pequeña nubló su sentido del peligro.

—¡Charquito! ¡Pídele perdón al señor ahora mismo, deslenguada! Y usted, su Sublimidad, discúlpela, se lo ruego. Solo es una niña, no sabe lo que dice... se lo imploro.

La madre estaba agachada a la espalda de Charquito. La aferraba contra su pecho, con los brazos temblorosos por el miedo. Ni siquiera sabía de dónde había sacado las fuerzas para dirigirse entrecortadamente al hombretón acorazado que tenía enfrente.

—Ay... no te preocupes, muchacha —dijo el mago mientras recuperaba el resuello y se apartaba las lágrimas de los ojos por la risotada—. Tienes una hija encantadora y con mucho carácter. No obstante, deberías tener más cuidado cuando salgas con ella: Puerto Guerra no es lugar para niñas atrevidas.

El resto del mercado volvió a sus quehaceres, bueno, al menos la docena de puestos circundantes y el centenar largo de personas allí reunidas, pues contando la lonja y el zoco, el área comercial se extendía por kilómetros. Los vendedores de fruta, verdura, pescado y otras viandas a proseguir con la chalanería típica de su profesión; los artesanos, a ensalzar las virtudes de sus creaciones; y los clientes, a llenar sus cestas de mimbre según las monedas de sus bolsas judas o monederos. Allí se congregaban desde nobles con escolta a gente de lo más humilde, sino pobre, que residían en la segunda urbe más importante del Reino de la Selva y la Arena, capital incluida.

Situado justo al lado del Cabo de los Héroes, en la punta inferior del continente, Puerto Guerra también es el nombre de la población que lo alberga. Alrededor de ciento cincuenta mil residentes ocupan una extensión de unos doscientos kilómetros cuadrados. A él arriban mercancías destinadas a los valientes defensores de Cara por tierra (caravanas), mar (barcos) y aire (aves de Qíahn). El puerto es el corazón de la villa. Desde él zarpan sin descanso las embarcaciones (cocas, galeazas, juncos, sampanes, etc) repletas de tropas jóvenes y enfervorecidas hacia Puerto Valor, sito a la mitad de la marca seis del Imperio de la Guerra. A él regresan los afortunados que han cumplido su servicio, ilesos o heridos, más los cuerpos sin vida de quienes han perecido en combate, todos en silencio. Ese contraste dio a luz a una bendición que reza así: *“Ojalá tu día sea tan alegre como un barco saliendo de Puerto Guerra y tu descanso tan silencioso como un bajel regresando a él”*.

—Perdóname, “susublimidad”. No hay nada malo en ser gordo o flaco. Solo creía que había que ser delgadito para estar con la diosa de Agua.

—Acepto tus disculpas con agrado —dijo el mago—, pues tus palabras son muy sabias: el aspecto no importa a los dioses, incluyendo a nuestra bienamada Señora.

—Yo estaba contenta porque cuando tenemos poco para comer mi mamá dice que si soy flaquita como la diosa Agua estaría más cerca de ser una de sus magas —se disculpó la niña, girándose hacia su madre como esperando una aclaración.

Los ojos del mago también se dirigieron espontáneamente hacia ella. Pasado el momento de pánico, la mujer había soltado a la niña. Permanecía tras ella de rodillas y mostraba un semblante más tranquilo. Era joven, de rasgos cincelados y bellos, con la característica piel tostada de su etnia, la etnia afilada. Llevaba un vestido que la cubría del cuello a las sandalias, con varias capas superpuestas de fina tela, muy al uso del cálido clima de Cara. Era azul o al menos lo fue, pues estaba muy gastado, como el cuerpo de su portadora. Por primera vez constató su delgadez. Miró a la cría y vio que estaba mejor alimentada, aunque no tanto como debería.

—Tu mamá tiene razón. A la diosa Agua le gustan las nenas gráciles y finas como tú —respondió el mago mirando seriamente a su progenitora, quien apartó la mirada, incómoda, casi avergonzada.

Charquito, inconsciente de lo que sucedía, sonrió, cogió su vestidito rosa palo y jugó con él con coquetería.

—Cariño, tenemos que irnos —pronunció la mujer, no sin dificultad—. Debemos hacer la compra y regresar a casa. Hoy debo ir antes al trabajo.

—Pero mami, yo quiero estar más tiempo con el señor “susublimidad”... porfaaaa.

—Charquito, no. Ya has robado demasiado tiempo al...

—Déjala —interrumpió el mago—, no me importa. Solo debo pasar revista a la coca, ese navío que fondeará en breve —añadió apuntando con el dedo a una embarcación que se divisaba en la bocana del puerto—. Tu hija me divierte. Su conversación sincera alegra el alma de este guerrero cansado de ceremoniales, hipocresías y batallas. Luego la acompañaré a vuestro hogar. Anda, ve. Y toma estas monedas. Hoy invito yo a la comida.

—Lo siento, pero no puedo aceptarlas —espetó con resolución la madre.

—Mira much... —empezó a decir el mago.

—Kinari, ese es mi nombre.

—Y muy bonito —continuó el hombre—. Además, no es de clase baja, pero eso ahora no importa. Cógelo. Comeréis bien durante un mes. Lo necesitáis más que yo.

—Muchas gracias, su Sublimidad, pero no quiero limosna. Soy perfectamente capaz de ganar mi dinero —contestó la afilada con aplomo, mirándole a los ojos.

El mago se incorporó. Ella hizo lo mismo. La niña se mantuvo en silencio, en medio de ambos, empequeñecida y consciente de la tensión del momento. Su madre irradiaba seguridad, pero apretaba los puños con nerviosismo. El mago, el gigante mejor dicho, era todo poder. Su coraza

plateada, su yelmo a juego, la capa y la enorme lanza o báculo con una esfera sólida y rellena de agua en movimiento, la helaron de miedo.

—Ni lo uno ni lo otro, muchacha —pronunció con voz hiriente el corpulento hombre—: yo no doy limosna, sino regalos, y viendo el estado de tu hija es evidente que debes aprender mucho sobre cómo mantenerla. Coge el dinero y dime dónde vives. A la hora de comer estaremos allí. Y no se hable más —sentenció enseñando una bolsa de monedas con su brazo izquierdo, alargando el brazo lo justo para que fuera ella quien hiciese el mayor esfuerzo para cogerla.

Se habían convertido de nuevo en el centro de atención. Todo el mercado era una colección de figuras de cera. La energía se concentraba alrededor del conjurador y nadie se atrevía a mover un músculo, ni siquiera a molestar con un ruido, incluyendo las gallinas, conejos y demás animales de granja en sus jaulas de madera.

Kinari apartó la mirada con renuencia. Se sentía humillada, como tantas otras veces, pero esta vez podía perderlo todo, incluso la vida si así lo deseaba él. Extendió completamente su brazo izquierdo, pero no fue suficiente para llegar hasta la bolsa de monedas, así que adelantó el torso, sin desplazar los pies, para no pisar a la niña. Todos vieron el resultado: una mujer de poco más de metro sesenta inclinándose frente a un titán hierático por unas monedas. Para unos pocos, lo lógico; para la mayoría, otra dolorosa prueba del orden establecido.

—Gracias, su Sublimidad —añadió forzada la madre—. Y tú, hija mía, pórtate bien —y tras darle un beso y acariciarle las mejillas con ternura, se alejó hacia un soportal cercano.

—Charquito: acompáñame —dijo el mago a la pequeña tendiéndole la mano que hasta hace unos instantes sostenía la bolsa de monedas.

La niña obedeció sin pensar. Aún era incapaz de procesar lo ocurrido y veía alejarse a su madre mientras su nuevo compañero la llevaba en dirección contraria.

No más de veinte pasos más tarde la pequeña reaccionó.

—Antes me has dado miedo, ¿sabes?

—¿Ah sí? Eso está bien —respondió distendidamente el mago—. Yo prefiero inspirar respeto, pero no puedo evitar lo que soy. Además, he hecho lo mejor para vosotras.

—Mamá dice lo mismo cuando me da medicinas amargas. Son horribles, pero si no las tomo no me curo.

—Exacto. Debes aprender esas cosas o siempre serás una cría. Nunca madurarás, arrastrada por tus caprichos e impulsos egoístas.

—Entonces, ¿la gente de Cruz son todos niños grandes? —razonó Charquito—. Lo digo porque el vecino dice que no aceptan su vida ahí abajo y suben para quitarnos todo lo que tenemos.

—Eres muy espabilada para tu edad —añadió sorprendido su interlocutor, haciendo un alto en el camino para mirarla detenidamente y digerir la pregunta. Así fue como se percató: las facciones de la niña no eran puramente afiladas, sino algo pálidas. Era algo sutil, pero estaba ahí.

—¿De dónde es tu padre? —prosiguió el mago.

—No lo sé —respondió ella—. Nunca lo he conocido. Mamá dice que así es mejor, que no era un buen hombre, y yo no insisto. ¿Se pone triste y llora, sabes? Ella cree que no lo noto, pero la oigo. Me da mucha pena.

—Vaya. Lo siento. No era mi intención molestarte.

—Tranquilo. Los mayores usáis las palabras para haceros daño, pero como soy una niña no me entero, bueno, al menos la mayor parte de las veces. Por cierto: ¿por qué te llaman “Rodillas”?

El general agradeció el cambio de tema. Hablar sobre Cruz siempre le provocaba congoja. Su opinión sobre *el enemigo* difería de la habitual en el Ejército de Cara. Era incapaz de odiarlos. Entendía, casi simpatizaba con su causa, y eso le acarreaba más de un conflicto.

Sonrió y se dirigió a su única oyente.

—Escucha con atención.

Acto seguido se puso en cuclillas, pero no despacio, como hacía un rato cuando se conocieron, sino deprisa. Sus rodillas resonaron como un puñado de nueces partidas una tras otra.

—¡Hala! —exclamó la niña—. ¿Y no te duele?

—No, en absoluto. Ni siquiera es un mal, una enfermedad. Los magos nos curamos bien, especialmente los de Agua, y sería una broma cruel de mi diosa tener un devoto mágico cuyos huesos sufren con la humedad.

Él comenzó a reírse. Ella se unió, más por simpatía que por el chiste, pero disipó todos sus recelos tras el incidente del mercado.

Un rato después, los dos paseantes estaban en una de las cinco dársenas del puerto. Charquito había caminado antes por el muelle de pescadores y el comercial, pero nunca había accedido a ninguno de los tres fondeaderos militares. El paso estaba prohibido a los civiles, salvo trabajadores y autoridades, claro. Una lástima, porque la fortificación era realmente impresionante.

A vista de pájaro el puerto es una obra colosal, única en Cara. Fue construido hace un siglo siguiendo un diseño de los propios dioses. Contó con la participación de miles de operarios, incluyendo una veintena de magos de tierra de Cruz, quienes obtuvieron como recompensa un permiso de residencia definitivo en Cara.

Formado por cinco grandes dársenas de forma circular, tantas como los dioses de Qíahn, entrelazadas entre sí y distribuidas en dos filas, una de dos (integrada en la costa) y otra de tres

(frente a la anterior). Permiten la circulación de barcos de una a otra a través de pasos regulados mediante compuertas. La navegación es fluida y garantiza una rápida distribución del tráfico y ventajas a la hora de defenderse de ataques de monstruos.

Cada muelle recibe el nombre de un dios: Fuego, Tierra y Espíritu para los militares (fila exterior), Agua para los pescadores y Aire para los comerciantes (ambos en fila interior). Los tres primeros tienen capacidad para casi trescientas embarcaciones de la marina de Cara, incluyendo diques secos para mantenimiento y almacenes de reaprovisionamiento.

Todo el conjunto está fortificado y dispone de faros y torres de defensa a intervalos de treinta metros, además de un sistema interno y externo de transporte mediante vagonetas tiradas por bueyes y caballos.

El mago había llevado a Charquito hasta la dársena Espíritu, la central. Allí se recibían los barcos con difuntos para empezar los honores funerarios acordes a las ordenanzas militares. En él, entre los muchos barcos presentes, había amarrado la coca pendiente de la revista de nuestro mago.

Con sus veinticinco metros de eslora por ocho de manga, su único palo central con vela cuadrada recogida y sus dos castillos (proa y popa), era una embarcación de carga digna de admirar para cualquiera, más para la niña que observaba absorta desde tierra, sentada sobre un fardo.

El mago había subido a cubierta, siendo recibido por el ordenanza de abordaje con el silbido de saludo reservado a los generales. Pasó revista a la tripulación, a la escolta armada, a las tropas que regresaban y al manifiesto de carga. Pura rutina, salvo porque esta vez regresaban cuatro hijos de altos nobles: dos damas con unos pocos rasguños, un caballero con el brazo derecho amputado y otro, el peor parado, muerto.

Permitió a sus padres el acceso al muelle. No era el procedimiento reglamentario, pero no quería buscarse problemas con la alta nobleza, especialmente con quienes habían perdido a su hijo.

—Vaya. Qué chica tan guapa. Nunca había visto a una chica tan bonita —dijo Charquito al mago, que se había reunido con ella tras expresar las debidas condolencias a los padres del difunto—. Su melena negra se mueve como la de la diosa Agua.

—No blasfemes, niña —le reprendió el mago—. Nada ni nadie puede compararse con los dioses. Menos aún quienes han jurado servir a Qíahn, como ella, su compañera de orejas pequeñas y ese triste muchacho que deberá aprender a esgrimir con la zurda.

—Jo, vale. Pero oye, ¿qué son todas esas cajas de madera?

—Féretros. Cajas llenas de hombres y mujeres valientes. Almas muertas en la batalla para defender a Cara, para defenderte a ti.

—¿Murieron por personas que no conocían, como mamá y yo?

—Exacto. A eso se le llama deber.

—Vaaaya. Entonces debo darles las gracias, pero me da un poco de miedo. ¿Me das la mano?

La cría lo había entendido perfectamente, demasiado bien incluso. Sin mediar palabra, abandonó su asiento, se alisó el vestido y le pidió la mano al mago. Este se la ofreció y, juntos, caminaron hacia la hilera de ataúdes. Del primero al último, unos veinte, la niña pasó la mano por todos ellos musitando un *gracias* a cada uno de sus inertes ocupantes.

El mago se dio cuenta de su falta de práctica con los chiquillos. Era partidario de no esconder la verdad a nadie, pero sentía que podía haberse equivocado al ser tan directo.

—Ya está —dijo Charquito satisfecha, cuando terminaron—. Podemos irnos.

El conjurador no ofreció resistencia alguna, expectante por la siguiente reacción de una criatura que no dejaba de sorprenderle.

Mientras el lugar abandonaban a pie en dirección a la costa, Charquito se dirigió de nuevo a su acompañante:

—¿Y qué será de sus nombres?

—¿Cómo? —respondió él, descolocado una vez más.

—Digo que qué pasará con sus nombres. Si no los necesitan podían regalárselos a los pobres, por ejemplo. No tenemos derecho ni dinero suficiente para ir al Registro, ese lugar tan bonito donde van los papás a buscar el nombre de sus hijos. Tampoco nos lo dan los dioses, como hacen con la gente importante, los cazaexhalantes o los magos. Solo nos dejan tener nombres de cosas comunes y así acabamos llamándonos Charquito, por ejemplo. ¡Mira tú qué gracia!

Semejante despliegue de lógica infantil mantenía estupefacto a nuestro barbudo mago. Buscaba la forma de participar en la conversación, pero era incapaz de conseguirlo.

—Cualquier nombre de caballero haría feliz al señor Trigo, el panadero; o a Remolacha, la verdulera; y ni te digo a mi amiga Ratita, la hija del limpiador de alcantarillas.

Una segunda risotada estremeció de nuevo Puerto Guerra. El volumen y duración de la misma fue tal que removió el mar en un kilómetro cuadrado, zarandeando a más de un bajel y haciendo perder la captura a no pocos pescadores.

Una vez tranquilizado, el hechicero se agachó de nuevo, pero despacio, para no hacer honor a su apodo.

—Charquito, cuando regrese al Colegio de Magia hablaré de ti a los ojeadores. Antes de acabar el año te habrán visitado. Quizás no sepas hacer magia, es probable que seas más de Aire, pero da lo mismo: una mente como la tuya no debe desperdiciarse en un lugar como este.

—¿Y vendrá mi mamá?

—No, pequeña. Esa será la primera decisión difícil de tu vida. Pero no pienses en eso. Ahora, las corrientes indican que es la hora de comer. Debo cumplir mi palabra y llevarte con tu madre.

—¿Comerás con nosotros?

—Me gustaría, pero no debo. Te lo explicaré cuando seas mayor.

—Vale, pero a cambio me coges en brazos. No es por nada, pero eres muy alto y me duele el brazo de llevarlo tan estirado para cogerte la mano.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del grandullón. Asió a la niña con su brazo libre, la elevó hasta su hombro y la sentó allí cuidando de que no se cayera. Ella le correspondió con una risita encantadora y a continuación dijo:

—¿Me vas a decir tu nombre?

—¿Sabías que conocer el nombre de un dragón te da poder sobre él? Ellos nunca lo dicen. A mí tampoco me gusta, pero haré una excepción contigo: te lo has ganado.

Con un gesto indicó a la niña que acercará la oreja. Él, tapándose la boca para el resto de los transeúntes, cuchicheó su nombre a la pequeña.

—¿Qué te parece? —añadió al terminar.

—No está mal, ¿pero sabes qué? Me gusta más Charquito.

Y ambos estallaron en una risa cómplice que les acompañó en el camino de regreso a casa de la chiquilla.

Bienvenido a Qíahn, viajero: escoge lado, elige vida.

Feliz Sant Jordi 2017

Javier Ordax